

# ¿DE LA PRIMERA DIVISIÓN A LA SEGUNDA?

Por **Marta Carrasco**

Soy periodista. Nunca he tenido otro oficio. Como es natural no empecé donde quise, eso sería casi un sueño, pero si comencé en un periódico que era el medio que prefería. Soy plumilla convicta y confesa.

**D**urante todos los años de mi oficio como periodista, que inicié como becaria en 1978, tuve la fortuna de coincidir, mérito del calendario que no mío, con una etapa fascinante de la historia de España: los 80 y la Transición.

Así que, como todos los periodistas jóvenes de mi generación que llegábamos a los medios llenos de gente de cuarenta para arriba, sentí que el mundo se abría para mi máquina de escribir (los ordenadores tardaron dos años en llegar, al menos en Sevilla, donde yo empecé), y las noticias había que buscarlas.

No había gabinetes de prensa, no había comunicados de prensa, no existían los jefes de prensa, y mucho menos los actuales *dircom* o directores de comunicación, es decir, jefes de prensa, para entendernos. (A mí me suena algo así como llamarles *muffins* a las magdalenas). Y de Redes Sociales e Internet, ni hablamos.

Todo era *manual*, no sé si me explico, agendas, teléfonos con monedas, muchas caminatas y muchas esperas en las antecámaras de todos los políticos. Empecé en lo local. Y así me ví inmersa en cubrir la constitución del primer ayuntamiento democrático, primeras elecciones, primer Parlamento de Andalucía, primer Ballet Nacional... Todo en aquella época parecía una primicia. Alcaldes, diputados, presidentes del Gobierno dejaron de tener apellidos... Luis, Felipe, Alfonso, Soledad (excepto Clavero que seguía siendo don Manuel)... formaron parte de mi universo y de mi vida. El 23F, la autonomía andaluza, el comienzo a andar de la Junta de Andalucía, los cambios, las transformaciones, el Festival de Danza de Itálica, Alicia Alonso y Jorge Esquivel milagrosamente en Sevilla, Cita en Sevilla, la Expo 92 y todo lo que allí sucedió...

Y poco a poco la cultura se fue colando por fortuna en mi

agenda, por mi vocación y porque así estaba en mi ser. Y conocí y entrevisté a Aleixandre, Alberti, Rosales, Gerald Brenan, María Zambrano, García Gómez, Paco Brines, Angel González, Ana María Matute, Antonio el Bailarín, Antonio Gades, Matilde Coral, Camarón, Morente..., tantos que están en mi memoria, todos. Imposible nombrarlos a todos, no tendría espacio. Pero yo estaba en Andalucía, la tierra de mi familia, y el flamenco comenzó a tomar protagonismo. Festivales, conciertos, recitales...

El baile ya había estado en la vida de mi casa desde siempre. Mi madre había sido alumna de los maestros Otero y Realito, y nos contaba cómo de pequeña asistía a las clases de la mano de Antonio el Bailarín, su vecino de la calle Santa Clara de Sevilla. En casa se cantaba y se bailaba, claro, como en todas las casas de Andalucía, para celebrar algo.

En 1979 comencé a editar en mi periódico mis primeras páginas de flamenco donde apareció por primera vez la danza... Luego vinieron páginas de cultura, colaboraciones, revistas, radio, televisión... Y lo demás ya es historia.

Pero sí ocurrió algo. Pasó la Expo 92 y entonces decidí dejar absolutamente la información política y dedicarme a la cultura. Se lo comenté a un muy conocido periodista de este país, y él me dijo: ¿por qué si llevas tantos años en la primera división quieres pasarte a la segunda? ¿Segunda?

No pocas veces se ha arrepentido de sus palabras mi querido colega, aunque durante años, y aún ahora, sigo reflexionando en que tiene razón: que en los medios de comunicación la cultura sigue ocupando las colas de los informativos, menos páginas en los periódicos (si se cae una página seguro que no es de deportes), y una referencia de 20 segundos en las radios. Ahora tenemos Internet, donde la rapidez y la inmediatez se come la reflexión, aunque esto sería otro artículo.

Si a ser periodista añadimos que encima desde 1990 hago crítica de danza, «ya me vale». Mi colega Mercedes de Pablo dice que soy «martillo pilón», que insisto en que la danza aparezca en los medios generalistas, actualmente en *ABC* de Sevilla, «porque si no lo hicieras y no hubiera danza, nadie la demandaría», y desgraciadamente así es. La ventaja del periodista en redacción es que al menos tiene más «control» sobre las páginas y el espacio que te dan, y la desventaja, la misma, que en ocasiones la actualidad manda, y tú lo sabes.

Después de muchas lecturas, sobre todo de los críticos de flamenco y algunos de danza, me impuse al hacer crítica dos cosas: no insultar y usar un lenguaje que todo el mundo comprendiera. Creo que ambas están en mis críticas. Si se tiene recurso literario se pueden decir las cosas con el respeto que merece cualquiera que se sube a un escenario. Lo contrario es, siempre, querer ser el que escribe más protagonista que el propio artista, y ese ego desvirtuado no puede ser más que perjudicial para unos y otros.

Situarse desde fuera para hacer una crítica es lo deseable, pero no siempre es posible hacerlo a tanta distancia, aunque se intente. ¿Por qué? Por lo mismo que en el periodismo: no somos máquinas. Desde luego que impera sobre todo algo importante: el conocimiento. Hacer crítica sin haber pasado años y años viendo bailar y estudiando, leyendo, conociendo a sus protagonistas, es imposible.

No vengo del mundo de la danza, vengo del mundo del

periodismo, por lo que mi visión de espectadora me permite sin rubor que mi mayor deseo sea siempre VER BAILAR. No tengo añoranzas de escenario ni de coreografías, porque no han sido nunca, ni lo serán, mi oficio, pero sí lo es el oficio de escribir. Tardé más de diez años, habiendo visto y estudiado mucho, en hacer mi primera crítica de danza en *Diario 16 Andalucía*, y desde hace veinte años lo sigo haciendo en *ABC* de Sevilla.

¿Y cual sería el secreto de una buena crítica? No lo hay, pero sí una máxima a tener en cuenta siempre: la ética.

Antonio Gades montaba en Sevilla *Bodas de sangre* para el Ballet Flamenco de Andalucía. En aquellos días de algunos cafés y pucheros en mi casa, aprendí algo importante, que por muy grande que sea un artista, y este lo era y mucho, lo que leía le importaba, y a veces le dolía. Y con ello me quedé. Escribir, sí, siempre, y con la ética de la verdad. Dañar para ser yo más protagonista, jamás, porque no lo necesito.

Desde el respeto y la admiración escribo, aunque a veces me duela y de verdad en ocasiones es hasta físico, cuando alguien con toda su ilusión y esfuerzo sube a un escenario y aquello no funciona. Y cuando es lo contrario, me siento feliz. No puedo evitar que la danza me haga feliz. Ver bailar, esa es mi pasión; y escribir, mi oficio. Combinad ambas cosas y puede ser la locura.



Marta Carrasco y Antonio Gades